



EMBRUJADA

HECHIZADA LIBRO DOS

UN BREVE RESUMEN DE COSAS QUE NO DEBO OLVIDAR (EN CASO DE QUE EL GILIPOLLAS DE MEMNÓN VUELVA A TOQUETEARME LOS RECUERDOS)

Me llamo Selene Bowers. Tengo veinte años. Mis padres son Olivia y Benjamin Bowers. Mi mejor amiga es Sybil Andalucía. Estudié en el Aquelarre del Beleño Negro. (¡Por fin!) A pesar de las reticencias que tenía el aquelarre (no les hacía mucha gracia que mi poder se alimentara de mis recuerdos), acabaron admitiéndome cuando se enteraron de que aterricé un avión en medio de la selva amazónica gracias a mi magia. Es una larga historia. Lo que de verdad importa de todo esto es que (1) mientras estaba allí encontré a mi familiar, Nero; es la pantera gruñona que me sigue como una sombra. Sí, esa es su personalidad legítima. Pero tampoco pienses mal de él. La verdad es que en el fondo es buen chico. Y (2) que... desperté a un tío.

Vale, no se trata de un pavo cualquiera. Es un putero chupatetas. Memnón el Maldito es un hechicero de dos mil años que cree que soy su esposa, esa que lleva muerta una eternidad, la que lo encerró en una tumba mohosa hace dos milenios y lo obligó a dormir por los siglos de los siglos. Pero el *plot twist* que nadie se

vio venir es que es cierto: soy su esposa fallecida. (Lo siento si te acabas de enterar. Mis más sinceras condolencias).

Resulta que este pavo y yo somos, agárrate fuerte, almas gemelas. Estamos destinados desde que nacimos a estar juntos, porque el sino estaba borracho el día que le tocaba tomar esta decisión. Antes de que te plantees siquiera considerar que esta situación es romántica, por favor, quiero que tengas en cuenta que Memnón es terrible e implacable, y que me odia. Literalmente quemó los diarios en los que guardaba todos mis recuerdos.

También me acusó de una serie de asesinatos. Las víctimas eran brujas, algunas de las cuales pertenecían al aquelarre. Yo conocía a una de ellas, Charlotte Evensen. (Nero y yo tuvimos la mala suerte de encontrar su cadáver). Soy inocente, aunque la Política, la fuerza policial sobrenatural, ahora se piensa que soy una asesina en serie desbocada. A pesar de las apariencias, Memnón tampoco es quien las ha matado. El verdadero asesino sigue en paradero desconocido y los cadáveres de las víctimas estaban destrozados y cubiertos de magia negra. Sea quien sea, o sea lo que sea, es malvado de verdad.

Los cambiaformas de la manada Marin consideran que soy su amiga y están dispuestos a demostrar mi inocencia. Si Cuando mi nombre esté limpio, tendré que reunirme con ellos para hablar de otro asunto con el que tengo que lidiar: un círculo de hechizos que salió mal.

Hace dos semanas, el 14 de octubre, la noche de la luna nueva, participé en un círculo de hechizos que se celebró en los túneles de escape que hay debajo de la residencia de estudiantes Ravenmeade (es decir, mi casa) porque estaba a dos velas y necesitaba el dinero.

Sí, fue una idea malísima. La sacerdotisa intentó obligarme a establecer un vínculo con una cambiaformas llamada Cara que estaba drogadísima. Rompí el círculo antes de que se pudiera completar el hechizo y conseguí sacar a la chica de allí, pero hubo una pelea mágica muy violenta y al menos una de las brujas, Kasey, ha

desaparecido. El resto de las que participaron en el círculo de hechizos llevaban máscaras, así que no sé quiénes son, pero hay muchas posibilidades de que algunas de ellas también vivan en la residencia. Lo que significaría que estoy comiendo y durmiendo con mis enemigas.

Memnón ha estado ayudándome a encajar el fiasco del círculo de hechizos. Si te soy sincera, creía que a lo mejor podría pasar por alto el montonazo de problemas que tiene el hechicero. Aunque sí que tiene un par de cosas a su favor:

- (1) La actitud de chico malo
- (2) Los músculos y los tatuajes
- (3) Besa el suelo que piso cuando no se pone en plan vengativo
- (4) Es guapísimo
- (5) Es generoso cuando se trata de... Bueno, da igual

Por desgracia, casi asfixió a una sala entera de seres sobrenaturales y me obligó a recordar mi pasado a pesar de que yo le había dicho explícitamente que no quería hacerlo. Así que me da asco.

Ah, y ahora estoy comprometida con él. Es un juramento inquebrantable, así que..., bueno, lo siento.

Buena suerte.
Besos y abrazos
Selene

CAPÍTULO 1

Bueno, esta noche ha sido una mierda.

Me siento en el suelo de cemento de una de las celdas mal iluminadas de la Politia y me abrazo las rodillas. Tengo el vestido del baile de Samhain hecho un gurruño.

Miro el suelo, absorta. Todavía me palpita la palma de la mano, donde me he cortado al principio de la noche para levantar mi maldición. Pero eso no es lo único que me duele.

Una migraña sin igual me aporrea por debajo del cráneo gracias a que esta noche he usado demasiada magia. Pero ni siquiera esa es la parte del cuerpo que más me duele en estos momentos.

Apenas puedo respirar por culpa de los pinchazos que siento en el pecho y de los recuerdos que ahora me inundan la cabeza.

Cuando me he despertado esta mañana, era Selene Bowers, una bruja de veinte años que tenía pérdidas de memoria provocadas por la magia. Y termino el día siendo Selene Bowers, una bruja de veinte años que tiene recuerdos de dos vidas completas: de esta y de otra.

Una oleada de náuseas me recorre todo el cuerpo, en parte por la migraña, en parte por la cantidad de recuerdos que me han metido en el cerebro a la fuerza. Todos ellos exigen atención, sobre todo los recuerdos extraños, alienígenas, antiguos.

Ahora me centro en esa otra vida, la de Roxilana.

«Mi vida», me corrijo a mí misma. Mi primera vida.

Se despliega detrás de mis ojos como si fuera una película malísima. Las batallas, las muertes, la desesperación por sobrevivir.

La parte más dulce y hermosa de esa otra vida era Memnón, ese bastardo insufrible. Odio que, justo después de una de las peores noches de mi vida, cuando debería maldecir al hechicero más que nunca, tenga la cabeza llena de recuerdos de sus caricias, de las promesas de amor eterno que me susurró y de su magnetismo puro. Cuando era Roxilana, me atraía a él una y otra vez y, maldita sea, lo sigue haciendo incluso ahora.

En mi antigua vida, luchó por mí y me amó con fiereza. Cruzó Europa para encontrarme y convertirme en su reina. Y llegó a ser uno de los hombres más poderosos y monstruosos de la antigüedad para que yo pudiera tener lo que más deseaba. Tuvimos uno de esos amores que se vuelven maravillosos de una forma tan brusca que roza el dolor.

Hasta el momento en que todo se desmoronó, por supuesto. De una forma tan espectacular como había empezado.

En la distancia, oigo el siseo de una puerta de metal que se abre y mis recuerdos se difuminan.

Levanto la cabeza, me pregunto si van a interrogarme. Me siento agotada solo de pensarlo. Creo que no tengo energía suficiente para abogar por mi inocencia de manera efectiva, aunque ahora sí que tengo recuerdos que la demuestran.

Oigo a un agente hablar en voz baja con el hombre que monta guardia aquí abajo. Entonces, unos pasos se dirigen hacia mi celda. Reconocería en cualquier parte las pisadas de una de las dos personas que se acercan. Son unas zancadas seguras y pesadas que me ponen los pelos de punta. Unos segundos después, un haz de magia de color índigo avanza hacia los barrotes de mi celda.

Memnón.

El dolor que siento se intensifica. Pues, a pesar de todo lo que hizo anoche, la ira que siento iguala al sufrimiento. Está enterrado bajo el dolor de la migraña, pero cómo arde.

La magia de Memnón alcanza los barrotes de hierro, pero en lugar de cruzarlos, su poder chisporrotea contra alguna especie de hechizo de protección y el leve humo azul recula ante el contacto.

—Son celdas anuladoras —explica una voz masculina—. Ningún tipo de magia puede ni entrar ni salir. Se les lanza un conjuro para que los presos no usen sus poderes.

Presos como yo, quiere decir.

—¿Habéis sometido a mi prometida a esto? —dice Memnón; su voz exuda amenaza. Siento un nudo en el estómago al escuchar esa palabra. «Prometida.» Creo que me gusta más lo de «presa».

—Le aseguro que teníamos una orden judicial para arrestarla...

—La han aprisionado y retenido bajo acusaciones falsas —lo interrumpe el hechicero; su tono es afilado como un cuchillo—. Espero que su departamento repare el daño causado.

Qué agallas tiene este hombre para exigirle nada a la Politia cuando en realidad ha sido él quien me ha metido aquí.

Sus pasos pesados y siniestros se detienen justo delante de mi celda. A pesar del hechizo que contiene mi magia, siento el zumbido de su presencia. Emana poder.

Es justo ese poder tan abrumador lo que me ha metido en este lío. La magia de un hechicero se alimenta de su consciencia, así que cuanto más poderoso es, más cruel se vuelve. Y mi alma gemela es al mismo tiempo muy muy poderoso y muy muy cruel.

—*Est amage.*

No reacciono. Estoy demasiado agotada como para hacerlo.

El agente desbloquea la puerta, que se abre con un sonido metálico.

—Señorita Bowers, parece ser que la comisaría cometió un error al arrestarla —dice un tanto desganado—. Por favor, acepte nuestras disculpas. Ya es libre y puede marcharse.

Se aparta a un lado para dejarme espacio.

Suelto un largo suspiro de derrota. No me gusta estar aquí sentada en esa celda fría y oscura que me anula los poderes, pero

me apetece aún menos lanzarme a los brazos del ser vengativo que tengo por alma gemela.

—No es propio de ti hacer muecas, prometida.

Esa maldita palabra. Hace que las sienes me duelan todavía más.

Levanto la cabeza para mirar fijamente a la pared color ceniza que tengo delante de mí.

—No quiero irme con él —le digo al agente.

Siento que el hombre pasa la mirada de mí a Memnón. Al fin dice:

—Señorita, no tiene que... —deja de hablar de repente.

—¡Ey! —grita otro agente que también está montando guardia—. ¿Qué os pensáis que estáis...?

Este también se calla de repente y, unos segundos después, oigo el sonido sordo de su cuerpo al caer al suelo en la distancia.

Al final, levanto la vista y veo que mi alma gemela agarra al primer agente por la nuca. Al hombre le tiemblan los párpados y sé, con una claridad que me revuelve las tripas, que Memnón está alterando otra mente. Ya se lo ha hecho esta misma noche a una sala entera en la que estaban todas mis compañeras, poco después de casi matarlas a todas.

Cuando por fin suelta al agente, el hombre vuelve por donde ha venido tan tranquilo, sin molestarse en mirarnos a ninguno de los dos. Ni siquiera se detiene a comprobar que el otro agente que también montaba guardia esté bien.

Y me quedo a solas con el hechicero.

Sigo sin mirarlo a los ojos.

—No me voy a ir contigo —le digo.

—No tienes elección —me replica.

Entra a la celda con un paso amenazante, luego avanza otro y otro más. Antes de que pueda pensármelo mejor, me pongo en pie a trompicones. Al hacerlo, se despiertan todos mis dolores y molestias, que arremeten contra mí a la vez. Casi me caigo al suelo.

Memnón suelta un juramento, al tiempo que cubre la distancia que nos separa y me agarra.

Y ahora, acurrucada entre sus brazos, por fin miro a mi alma gemela.

Me empapo de su piel del color del bronce, su pelo oscuro y ondulado, y esos ojos hipnotizantes de color marrón, oscuros en el borde exterior y claros como el licor junto a la pupila. Solo han pasado un par de horas desde la última vez que lo vi, pero se me va la vista a esa nariz un tanto aguileña, a esos labios gruesos y curvados, a esos pómulos y a esa mandíbula afilados como un cuchillo. Por último, me detengo en la cicatriz que le recorre la mejilla, desde la mandíbula hasta la oreja izquierda y, desde esta, a la comisura del ojo.

Es como ver a un espectro y, por un momento, los recuerdos antiguos eclipsan a los nuevos. Extiendo las manos y le acaricio la mejilla con los dedos.

Se le suaviza la expresión al sentir mi contacto y eso es lo único que hacía falta para que el resto de nuestro pasado se apodere de mi mente desconcertada.

—*Est xsaya. Est Memnón* —susurro—. *Vak watam singasavak.*

«Mi rey. Mi Memnón. Has sobrevivido.»

Una emoción terrible se apodera de mí. Siento como si un cuchillo con sierra me abriese en canal desde dentro. No sabría decir lo que siento o por qué lo siento, pero sé que me fallarían las piernas si Memnón no me sujetase. Al estar tan cerca de él, veo que se le dilatan las pupilas y se queda inmóvil.

—Te acuerdas —dice casi desesperado.

—Por supuesto que me acuerdo. Me obligaste a recordar.

Y toda esa rabia vuelve a apoderarse de mí. Aprieto los ojos e intento apartarme de él sin fuerzas, a pesar de que siento martillazos en el cráneo y el estómago se me revuelve.

—Ay, no, brujilla —dice con suavidad, con cariño—. Ahora no voy a dejar que te vayas.

Me estrecha entre sus brazos con aún más fuerza y sale de la celda dando grandes zancadas.

En cuanto cruzamos el umbral mágico que separa las celdas anuladoras del pasillo, mi poder me inunda el cuerpo. Es una sensación tan repentina y punzante que me entran arcadas.

En un instante, la magia de Memnón se arremolina a mi alrededor, se me cuela por la boca y me baja por la garganta para calmarme las náuseas.

Suelto un suspiro tembloroso y me apoyo cansada contra el pecho del hechicero. Me doy cuenta distraída de que se ha cambiado el esmoquin por una camiseta térmica ajustada, unos vaqueros y unas botas; todo ello negro.

—¿Te duele algo más? —pregunta con un tono amable... Demasiado amable.

Me duele todo: la cabeza, las articulaciones, incluso la piel. Pero, sobre todo, el corazón.

—¿Ahora vas a regodearte? —digo en lugar de responder, mientras me lleva por el bloque de celdas vacío—. Me has derrotado en todos los sentidos.

La magia se extiende y abre la pesada puerta de metal que hay delante de nosotros.

—Me regodearé cuando mi futura esposa se sienta mejor.

«Futura esposa.»

Me da asco que lo diga y dibujo una mueca cuando los martillazos que siento en la cabeza se intensifican. Cómo odio los juramentos inquebrantables y este compromiso que no es más que una farsa.

Fuera, junto a la puerta, está el agente que montaba guardia, tirado en el suelo, con los ojos cerrados. El pecho le sube y le baja de manera rítmica. Memnón se detiene un momento para acucillarse a su lado. Sin dejar de sujetarme con un brazo, extiende el otro para tocarle la frente al hombre.

—Esta noche has bebido demasiado y te has quedado dormido mientras estabas de guardia —murmura—. Te va a dar vergüenza, así que no contarás nada.

Se levanta y me vuelve a estrechar entre sus brazos. Si me sintiera mejor, soltaría algún comentario mordaz sobre lo que acaba de hacer. Pero si soy sincera, estoy demasiado cansada y dolorida como para molestarme.

—¿Dónde te duele más? —pregunta mientras salimos del bloque de celdas; es como si me hubiera leído el pensamiento.

—La cabeza.

¿De qué sirve mentir? Siento que hay alguien intentando salir de mi cráneo con un martillo hidráulico. En cuanto hablo, reajusta el brazo con el que me sujeta por la espalda para tocarme la frente.

—Alivia el dolor —murmura en sármata.

La magia sale de él. Parte de ella se me mete por las fosas nasales, mientras que otra se me introduce directamente por la piel.

De inmediato, la migraña se desvanece y los latidos de dolor van disminuyendo en intensidad hasta desaparecer por completo.

Suspiro y me hundo un poco en los brazos de Memnón por un moment...

Espera. No, sigue siendo mi enemigo. No voy a disfrutar de que me lleve en brazos, teniendo en cuenta que me ha arruinado la vida.

—Puedo caminar —insisto mientras él me guía por el pasillo vacío de la Politia.

La verdad es que tampoco estoy muy segura de que pueda, pero no pienso dejar que cargue conmigo como si fuera una inútil.

—Está bien, brujilla —dice con un tono casi indulgente, como si mi comportamiento fuera ridículo pero mono.

Diosa, nada me gustaría más que apuñalarlo con un cuchador.

Se agacha, deja que mis pies toquen el suelo de linóleo y me sujeta mientras me enderezo. Sigo llevando los tacones que me dejó Sybil al principio de la noche para el baile de Samhain y, en cuanto Memnón me suelta, las piernas me tiemblan como si fuera un cerbatillo recién nacido. Por un segundo, estoy segurísima de que me voy a caer de morros, pero consigo mantener el equilibrio.

El hechicero se coloca delante de mí y se arrodilla.

Frunzo las cejas.

—¿Qué estás...?

Me coge una pierna y la levanta para colocarme el pie sobre su muslo. Me tambaleo unos segundos antes de apoyar los brazos en sus hombros y dejar todo mi peso sobre él.

Cuando me quita el tacón, me pienso si no debería darle una patada en los dientes.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Quitarte estos zapatos tan ridículos para que puedas andar —dice, masajeándome la almohadilla del pie.

Frunzo aún más el ceño.

Él me da un beso en el tobillo y me baja el pie.

El corazón me da un vuelto y, ay, no, esto no me gusta.

Ahora mismo, tengo a Memnón encasillado en una categoría diminuta que me gusta llamar: «Monstruos malvados que te cagas». Es una buena categoría, es acertada.

Si empieza a ser majo, puede que mi vínculo con él y los recuerdos de mi vida pasada se alíen para reasignarlo a otra categoría mucho menos adecuada para él.

Me quita el otro zapato y los coge los dos del suelo. Se levanta, con lo cual me veo obligada a apartar las manos de sus hombros. De repente, su metro ochenta de estatura se cierne sobre mí.

—¿Mejor? —me pregunta.

—No necesitaba tu ayuda para quitarme los tacones. —Lo miro fijamente para que quede claro.

Pero el tío sonrío de medio lado y le brillan los ojos. Mi rabia no lo achanta ni lo más mínimo.

Debería haberle dado una patada cuando he tenido la oportunidad.

—Vamos, brujilla. —Y me pone una mano en la espalda con un gesto posesivo—. Vamos a terminar de liberarte y a marcharnos de este lugar.

CAPÍTULO 2

Salgo al frío aire nocturno y la puerta de la comisaría de la Policia se cierra a mi espalda con un siseo. Tengo el pelo lacio, la piel pegajosa del sudor y la sangre. El vestido negro se me ha roto en un par de sitios.

Soy la viva imagen de la derrota.

Memnón se coloca a mi lado y me baja la mano a la lumbar. Si yo soy la derrota, él es la victoria pura y sin adulterar.

—¿Y qué planes tienes ahora para mí? —pregunto.

Está claro que tiene algo pensado. Después de todo, esta es su noche.

Yo solo lo acompaño en este viaje.

Un hilillo de magia azul se me enrosca alrededor del abdomen como un abrazo fantasmal. Escucho su voz dentro de mí con una intimidad cruel:

Tú y yo nos vamos a casa.

Apostaría todo el dinero que tengo en el banco a que no se refiere a mi casa. Lo que significa que... voy a ver dónde vive.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No quiero ir a ese lugar, pero también tengo muchísima curiosidad por ver dónde se ha estado quedando.

—Siempre y cuando haya una cama... —señalo al frente—, yo te sigo.

Ya mañana pensaré alguna forma de vengarme. Ahora mismo, sin embargo, me rindo con todas las de la ley.

El asfalto áspero se me clava en las almohadillas de los pies mientras Memnón me guía por el aparcamiento hasta un coche deportivo.

—¿Ese es tu coche? —La incredulidad se apodera de mi voz. Sabía que el tío había conseguido algo de dinero, pero no tanto—. ¿En cuántas cabezas has hurgado?

Debe de estar extorsionando a la gente para que le dé dinero como si no hubiera un mañana.

Me aprieta la espalda con los dedos.

—Qué peleona, siempre piensas lo peor de mí.

—Así resultas menos decepcionante. Bueno, casi. El listón se baja él solito todo el rato.

Espero sentir el calor de la rabia de Memnón a través de nuestro vínculo. En cambio, lo que hace es soltar una carcajada fuerte y divertida.

—*Est amage*, el mundo puede girar y los tiempos pueden cambiar, pero gracias a los dioses, algunas cosas siguen igual.

Lo miro frunciendo el ceño. No voy a responder a eso.

Miro el coche.

—¿Acaso sabes conducir?

En sus ojos hay un brillo conspiratorio.

—Hablo tu idioma y llevo tu ropa moderna. Tengo un coche y una casa. También tengo una cuenta bancaria llena de dinero. ¿A ti qué te parece, emperatriz?

—Me parece que has robado este coche, además de un par de recuerdos sobre cómo se conduce.

—Las reglas las dictan quienes tienen el poder —me recuerda. Siempre será un señor de la guerra despiadado.

Es por eso por lo que Memnón se abrió paso en la antigüedad con tanta facilidad. No solo es inteligente, fuerte y amoral, sino que su capacidad para robarle conocimiento a los demás le permite asimilarlo todo enseguida.

Pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo rápido que lo asimilaba.

Me abre la puerta del coche. Dentro del vehículo se mueve una sombra de ojos ambarinos con vetas verdes que brillan en la oscuridad.

—Nero.

Casi me abalanzo sobre mi familiar. Me meto en el asiento de cuero para poder llegar mejor a mi pantera. Solo hemos estado separados un par de horas, pero estaba nerviosa por mi peludo.

Él también debe de haber estado nervioso por mí, porque me restriega el hocico con una intensidad insólita, teniendo en cuenta que es una pantera que se enorgullece de ser distante.

Mientras yo achucho a mi familiar, Memnón me mete las piernas en el coche y cierra la puerta.

Cuando el hechicero abre su propia puerta, respira hondo.

—Nero —gruñe.

Me aparto de la pantera y es ahora cuando me doy cuenta de lo que acaba de ver mi alma gemela.

Nero ha destrozado el interior del coche. Los asientos traseros están hechos jirones, la espuma del interior está desparpada sobre lo que queda de tapicería. También ha arañado la parte de atrás de los asientos delanteros, de los que cuelgan tiras de cuero. Incluso ha destrozado la consola central en la que estoy apoyada.

No sé hasta qué punto entiende mi pantera lo que hay entre Memnón y yo, pero creo que esto es su forma gatuna de decir «que te follen», y me parece correcto.

—Eres un familiar muy bueno —digo en voz baja, y le acaricio el costado mientras él me restriega la cabeza—. Siento haberte dejado así —susurro. Me refiero tanto a esta noche como a otra noche fatídica de hace mucho, en la que mi familiar y yo nos vimos obligados a separarnos.

Sigue restregándose contra mí. Es inusual que el gatazo sea tan comprensivo.

Escucho a Memnón suspirar mientras su magia inunda el interior del coche. El aire se espesa hasta que no consigo ver más allá

del pelaje del felino. Cuando se despeja, las tapicerías vuelven a estar inmaculadas.

Entonces el hechicero entra en el vehículo y se encaja en el asiento del conductor. De repente, siento que hay poquísimo espacio.

Suelto a Nero y dejo que se acomode en el asiento trasero mientras yo me coloco bien. El motor se enciende con un rugido y Memnón maniobra con cuidado este coche tan elegante para salir del aparcamiento e incorporarse al tráfico de la calle.

Supongo que sí que sabe conducir.

Apoyo la cabeza contra la ventana y miro cansada la oscura noche mientras las farolas y la vegetación sombría se convierten en un borrón.

—¿Cuándo vas a casarte conmigo? —pregunto en voz baja.

No puedo no preguntarlo. Justo antes de que me arrestaran, Memnón me dijo que nos casaríamos de inmediato. Hace horas que hemos sellado el pacto inquebrantable y me siento como un pez atrapado en un anzuelo, esperando a que tiren del carrete para morirme.

Memnón extiende el brazo y me coge la mano herida; le da la vuelta para que la palma cortada quede hacia arriba.

—Esta noche no, *est amage*, pues todavía llevas las marcas de nuestra batalla.

Suelto un suspiro tembloroso.

«Esta noche no.»

Qué alivio.

Me miro la herida que me hice antes, cuando me corté la palma con su cuchillo y pronuncié el juramento para levantar la maldición. Se ha empezado a formar una costra sobre la llaga, aunque la carne que la rodea está roja y me escuece.

—Entonces, ¿cuándo? —insisto.

Memnón me acaricia el corte con los dedos; es un roce muy suave, como un susurro. Un hilillo de magia me envuelve la mano y la acaricia. Casi al instante, la carne se une y se sella hasta que desaparece incluso la cicatriz.

—Mírame, Selene.

Es una orden, pero aun así lo único que oigo yo es una súplica. Quiere conexión, consuelo. Después de todo, este era su gran plan. No podía resucitar el pasado, pero al menos podía sacar de él mis recuerdos. Supongo que, en el fondo, toda esta venganza era porque quería sentirse menos solo.

Lo miro reticente. Por un instante, ha apartado la atención de la carretera que tenemos delante.

—Da igual cuándo nos casemos, brujilla. —Me aprieta la mano recién curada—. Ni la magia ni el tiempo pueden separarnos. —Le brillan los ojos—. Somos como las estrellas. Eternos.

Pretendo mantenerme despierta. Mi intención es fijarme en las calles que llevan a casa de Memnón y en todos los detalles del sitio en sí. Pero las sinuosas carreteras que recorren las montañas del norte de San Francisco me mecen con suavidad. El reloj dice que son más de las tres de la madrugada y el cansancio se apodera de mí. También puede ser que, a pesar de todo lo que odio a Memnón, algo en mi interior se sienta más que reconfortado al estar en el coche con él y con mi familiar.

Sea como sea, aguanto menos de cinco kilómetros antes de que se me empiecen a caer las pestañas. Un kilómetro y pico después se me cierran los ojos del todo.

Siendo que me mueven dos veces: primero, unos brazos fuertes y cálidos me levantan. Luego me colocan en un colchón suave y me tapan.

Su voz resuena en mi interior mientras me dejo llevar por el sueño.

«Estate tranquila, reina fiera. Ya no tienes que pelear. Estás a salvo conmigo.»

